

# Francisco de la Peña

---

## Tres cultos religiosos populares en el México contemporáneo

---

Itinerarios. Revista de estudios lingüísticos, literarios, históricos y antropológicos nr 9, 169-183

---

2009

Artykuł został opracowany do udostępnienia w internecie przez Muzeum Historii Polski w ramach prac podejmowanych na rzecz zapewnienia otwartego, powszechnego i trwałego dostępu do polskiego dorobku naukowego i kulturalnego. Artykuł jest umieszczony w kolekcji cyfrowej [bazhum.muzhp.pl](http://bazhum.muzhp.pl), gromadzącej zawartość polskich czasopism humanistycznych i społecznych.

Tekst jest udostępniony do wykorzystania w ramach dozwolonego użytku.

## TRES CULTOS RELIGIOSOS POPULARES EN EL MÉXICO CONTEMPORÁNEO

**Resumen:** El presente artículo presenta una caracterización y una descripción general de tres cultos religiosos de origen popular que tienen una amplia difusión en el México contemporáneo: el culto conchero, el Espiritualismo Trinitario Mariano y el culto a la Santa Muerte. Aunque sus antecedentes históricos son distintos (el siglo XVIII, el siglo XIX y el siglo XX, respectivamente), los tres tienen en común varios elementos: son de origen urbano, tienen un fuerte arraigo entre sectores de escasos recursos, se han difundido no sólo en el país sino también en el extranjero, poseen una relación muy estrecha con el imaginario nacionalista mexicano, son sincréticos (pues combinan rasgos culturales occidentales y de origen autóctono) y mantienen entre ellos fuertes relaciones de interactividad.

Estos tres cultos pueden ser vistos como respuestas de las clases subalternas a los procesos de dominación ideológica que la iglesia católica ha desarrollado en México desde la época colonial hasta nuestros días, es decir, como una reacción de los sectores populares mexicanos al proyecto de asimilación a los cánones religiosos de origen europeo a través de diversos mecanismos de resistencia cultural, que han preservado muchas prácticas autónomas y de origen autóctono disfrazándolas bajo la forma de la ortodoxia oficial del cristianismo.

**Palabras clave:** religión, cultos, popular, urbano, México

**Title:** Three Popular Religious Cults in Contemporary Mexico

**Abstract:** This article pretends to characterize and to describe three popular religious cults which are much extended in contemporary Mexico. They are the *conchero* cult; the *Espiritualismo Trinitario Mariano* and the *Santa Muerte* cult. Though their historical antecedents are distinct (the Eighteenth; the Nineteenth, and Twentieth centuries, respectively), the three of them have several common elements: they develop themselves in a urban context; they have very deep roots among popular classes; they have presence not only in Mexico but in other countries too; they concern very close to the nationalist Mexican imaginary; they are syncretic (since they combine Western cultural features with autochthonous origins), and finally, these cults keep among them strong relationships of interactivity.

These three cults can be considered answers of the subaltern classes to the processes of ideological domination that the Catholic Church has accomplished in Mexico since the Colonial age until the present. It means a reaction of the popular sector against the European religious canon laws through different ways of cultural resistance which have preserved many autonomous and endogenous cultural practices covered under the mask of a more or less acceptable Christianity.

**Key words:** religion, worship, popular, urban, Mexico

La ciudad de México ha sido la cuna de muy diversos movimientos socio-religiosos a lo largo de su historia. De entre ellos quisiéramos referirnos a tres casos, el culto conchero, el Espiritualismo Trinitario Mariano y el culto a la Santa Muerte, que resultan reveladores por varias razones. En primer lugar porque en ellos están presentes motivos ligados al imaginario nacionalista mexicano, cuyo origen se remonta al siglo XVIII pero que se consolida a lo largo de los siglos XIX y XX. En segundo lugar, porque en ellos se amalgaman elementos culturales a la vez modernos y tradicionales, muchos de estos últimos de tipo prehispánico, y finalmente, porque entre ellos se manifiestan relaciones transversales que no son ajenas a sus comunes orígenes populares y ciudadanos.

Se trata de tres cultos que actualmente tienen un fuerte arraigo entre amplias capas de la población urbana pero cuyos antecedentes históricos son distintos y se suceden en el tiempo. En efecto, el culto conchero, el más antiguo, se remonta a fines del siglo XVIII; el Espiritualismo Trinitario Mariano, por su parte, nace en la década de los sesenta del siglo XIX; y el culto a la Santa Muerte, el de más reciente creación, emerge en la década de los noventa del siglo XX.

## DANZA Y NATIVISMO

Los concheros son grupos de danza ritual que forman parte de un culto religioso popular, claramente sincrético, que combina vestimentas, instrumentos musicales, creencias y objetos ceremoniales prehispánicos con un cristianismo alejado de la ortodoxia de la Iglesia oficial. La palabra conchero proviene de la palabra “concha”, caparazón de armadillo, con la cual es hecho un instrumento de cuerdas, parecido a una mandolina, con el que se acompañan los cantos y las danzas rituales de estos grupos. El culto conchero ha sido objeto de diversos trabajos de investigación que nos ofrecen valiosa información sobre sus antecedentes históricos, sus manifestaciones coreográficas, así como de su sistema de creencias y sus prácticas rituales (Fernández 1941, Mansfield 1953, Warman 1972, Stone 1975, Orvañanos 1992, González 1996, González Torres 2007).

La existencia de estos grupos de danza es conocida al menos desde el siglo XVIII, aunque los concheros mismos afirman que sus orígenes se remontan a los comienzos de la época colonial. Existen concheros en casi todo el país y en enclaves mexicanos en el extranjero (en ciudades norteamericanas como Chicago, New York o Los Angeles), pero su presencia es más fuerte en el centro del país, en particular en la ciudad de México y en la región del Bajío (que comprende los Estados de Querétaro y Guanajuato).

La danza conchera es conocida también como danza chichimeca o danza azteca, y está vinculada a un vasto sistema de danzas tradicionales mexicanas denominadas “danzas de conquista”, que se caracterizan por escenificar bajo diferentes formas el tema de la conquista de la población autóctona de México. Al seno de la tradición conchera han sobrevivido, junto al culto cristiano, muchos de los principios de la cosmovisión prehispánica: la danza en círculo asociada al astro solar; el simbolismo cuaternario asociado a los cuatro rumbos cardinales; el carácter no elitista y la creencia en el poder mágico

de la danza; el vestuario, los instrumentos musicales y el simbolismo de los colores y los objetos rituales, como los caracoles, las flores, el incienso, etc.

La receptividad del culto conchero a la cosmología autóctona y su fidelidad a la memoria de la conquista de México han favorecido la idea de que estos grupos representan un bastión de las tradiciones prehispánicas. En la imaginación de muchos, los concheros son vistos como los “guardianes” de tradiciones ancestrales, y por ello son considerados como una fuente de inspiración por los diversos grupos nativistas y revivalistas que integran el llamado movimiento de la mexicanidad (Peña 2002)<sup>1</sup>.

Según las fuentes históricas, se sabe que los primeros grupos de danza de este tipo son originarios de la región conocida con el nombre de Bajío, que comprende los actuales estados de Querétaro y Guanajuato, un área cultural en la que pueblos otomíes (*ñañu*) y chichimecas han vivido desde la antigüedad. La danza conchera y el culto religioso asociado a ella tendría sus antecedentes en la época de la conquista española, y recordarían el culto a Santa Cruz en el cerro llamado de Sangremal (situado en la actual ciudad de Querétaro) en 1531.

Según el mito de origen de la tradición conchera, el 25 de julio de 1531, en el transcurso de una batalla entre cristianos y chichimecas infieles que se desarrolló en el cerro de Sangremal, apareció en el cielo una cruz luminosa, rodeada de flores, con el apóstol Santiago a su lado (alzando su espada, Santiago habría dicho “Él es Dios, venga la paz a esta tierra”). Ante la aparición de este signo milagroso, los chichimecas se rindieron frente a los conquistadores, aceptando someterse a la religión católica, pidiendo a cambio a sus vencedores que colocaran una cruz como la aparecida en el cielo en la cima del cerro donde el combate tuvo lugar.

Los frailes franciscanos hicieron una gran cruz de piedra de cantera, en torno a la cual los evangelizados comenzaron a bailar exclamando “Él es Dios”, “Él es Dios” durante una semana. A partir de ese momento, año tras año los indios convertidos iban a bailar ante la cruz milagrosa, escenificando escaramuzas que recordaban el suceso,

---

<sup>1</sup> La mexicanidad es un movimiento nativista que se constituye en la década de los cincuenta promoviendo el renacimiento de la cultura prehispánica y que en los últimos años ha adquirido una notable presencia pública. Asociando de manera exclusiva lo “mexicano” a lo prehispánico, este movimiento aspira a la restauración de la civilización precolonial y a una reindianización de la cultura nacional. Desde su aparición, la mexicanidad se conforma (al igual que el culto conchero) como un movimiento multclasista del que la mayor parte de los simpatizantes son mexicanos mestizos de origen urbano y rural. Podemos reconocer dos corrientes ideológicas en el interior del movimiento: la mexicanidad radical y la nueva mexicanidad. La primera corriente constituye el núcleo original de la mexicanidad como movimiento político e ideológico, y está conformada por distintas agrupaciones que se han desarrollado desde hace varias décadas. Se trata de una corriente muy politizada que promueve un discurso a la vez nacionalista e indiano, azteca y radicalmente antioccidental, cuya meta es la restauración de la civilización prehispánica en el país.

La segunda corriente está representada por diversos grupos entre los cuales predomina un discurso indiano abstracto, más esotérico y espiritualista y menos político, más cosmopolita que xenófobo, y que no es ajeno a las doctrinas de la *New Age*. La nueva mexicanidad preconiza el renacimiento de la “espiritualidad” india, la cual tendrá un rol decisivo en la llegada de una era en la que lo sagrado y la conciencia cósmica y planetaria será dominante, una era en la que las tradiciones místicas de todas las civilizaciones antiguas se fusionaran armónicamente.

y de ahí surgió la tradición de la danza conchera, que hasta nuestros días le rinde culto a la “Santa Cruz”, en la ciudad de Querétaro, todos los meses de septiembre.

Desde su origen el culto conchero se organizó como una hermandad bajo el nombre de “mesa”, palabra que designa el oratorio que agrupa al conjunto de individuos con sus dirigentes en torno a una imagen (una virgen o un santo) y un sitio determinado. Asimismo, el culto adopta la nomenclatura de la jerarquía militar de los españoles, a semejanza de lo que ocurre en otras danzas de conquista (general, capitán, sargento, alférez, soldado). Sin embargo, a diferencia de la mayoría de las danzas de conquista, reservadas a los hombres, la danza conchera se caracteriza por estar abierta a todos e incluir a las mujeres, los niños y los ancianos. Finalmente, el culto conchero incorpora el simbolismo católico y muy diversos objetos litúrgicos cristianos (velas, campanas, estandartes con imágenes, etc.) pero sin abandonar un conjunto de prácticas rituales de origen indígena, entre las que destacan el culto a los ancestros.

La tradición conchera se extendió de Querétaro a otras regiones, a través de un proceso de “conquista” de nuevos adeptos, en el que la noción de “conquista” reviste un significado ambiguo ya que no se refiere tanto a la conmemoración de la derrota frente a los invasores, sino más bien a la difusión del sincretismo nativista del nuevo culto. La conversión a éste consiste en una ceremonia de iniciación que permite el acceso a las antiguas creencias y prácticas autóctonas disfrazadas bajo la forma del culto a la Cruz y al Apóstol Santiago.

Según las creencias de algunos grupos concheros, la figura de la Cruz y del apóstol Santiago revisten un valor esotérico y profético ligado al futuro renacimiento del mundo prehispánico, y a la necesidad de una rendición temporal frente a los conquistadores españoles. Prueba de ello es el hecho de que en la memoria de estos grupos persiste el recuerdo de las luchas de resistencia a la dominación española durante la época colonial, y la creencia de que los españoles tendrían que haberse ido de México.

Las prácticas de la tradición conchera comprenden los rituales curativos o “limpias”, las alabanzas, la danza ritual diurna, los rituales nocturnos o “velaciones” y sobre todo el culto a las ánimas de los antepasados. En efecto, el contacto con los antepasados está en el centro del culto conchero y reviste una doble función: conserva la tradición cultural y permite solicitar y recibir la ayuda de los ancestros para vencer tanto la enfermedad como a los enemigos.

Según muchos concheros, no pocos precursores del nacionalismo mexicano en la época colonial, desde Sor Juana Inés de la Cruz hasta los primeros independentistas, simpatizaban con el nativismo propio de la tradición conchera. En todo caso, los practicantes de esta danza promovieron desde 1814 la formación de una organización religiosa autosuficiente, que lograron constituir hacia 1840.

Hacia el último cuarto del siglo XIX, siendo México ya un país independiente, el sustrato nativista y profético de la tradición conchera parece diluirse en ciertos grupos, que se pliegan a organizaciones religiosas identificadas con el catolicismo dominante. Sin embargo, con la llegada de la tradición conchera a la ciudad de México y la aparición de lo que se conoce como la danza azteca-chichimeca de la Gran Tenochtitlan, nacerá una corriente que recupera e interpreta la tradición conchera en clave azteca, dándole una orientación singular.

En 1876 aparece la primera “mesa” conchera en la ciudad de México, y los grupos de danza azteca se expandirán rápidamente por los alrededores de la misma, así como en las regiones y estados que conservan hasta la fecha fuertes tradiciones nahuas (Morelos, Estado de México, Puebla, Guerrero). La tradición conchera es poco a poco aztequizada hasta el punto de que mucha gente piensa hoy que es originaria de la ciudad de México. Así, hay quienes consideran que la tradición conchera en realidad ha preservado la danza ritual y la cosmología azteca, lo que contradice o en todo caso relativiza el supuesto origen otomí que le atribuyen algunos especialistas (Moedano 1972: 164-170).

En cualquier caso, para la época de la revolución de 1910 parece haberse producido una profunda reorganización de los grupos de la tradición conchera. De hecho, el término específico de “conchero” parece haber nacido en esta época para designar a los practicantes de una danza que era conocida hasta entonces como danza de “conquista”, danza “chichimeca” o danza de los “apaches”.

La Cooperación de Concheros es fundada hacia 1922 por el Capitán Vicente Márquez, quien reagrupa a los capitanes que sobrevivieron a la Revolución. En efecto, el anticlericalismo predominante durante la revolución afectó a la tradición y muchos oratorios de los grupos de danza fueron destruidos (Stone 1975: 176). A causa de esto, el control y la autoridad de los Generales de la “danza de conquista” más conservadores se debilitó, obligándolos a aceptar una versión de la tradición renovada, como la promovida por los concheros.

En este sentido, a lo largo del siglo veinte se constituyen dos vertientes de este culto, una que tiende a conservar la tradición en el seno de una religiosidad predominantemente católica, asociada con la danza chichimeca/danza de conquista y con la región del Bajío, y otra que, sin abandonar del todo el sincretismo de la tradición, fomenta el espíritu nativista original y la danza azteca o azteca-chichimeca, dominante en la ciudad de México y sus alrededores.

Desde los años cincuenta y hasta nuestros días la vertiente azteca, que ha ganado terreno frente a la vertiente chichimeca de la tradición conchera, ha conocido una doble evolución. Por un lado, algunos grupos, sin abandonar el sincretismo de la tradición, han profundizado en la recomposición y la reelaboración de sus elementos, otorgándole el mayor peso al componente autóctono e incluyendo muchos otros nuevos (algunos de ellos inspirados en tradiciones religiosas de otras civilizaciones, como el sufismo o el budismo tibetano). Se trata de una vertiente del culto conchero que podríamos calificar de *New Age*, de una gran plasticidad y cuyo pragmático proselitismo explica su éxito entre las clases medias y altas e incluso su proyección en el extranjero, tanto en Estados Unidos como en Europa (en España han sido creadas varias mesas concheras de este signo).

Por otro lado, otros grupos han optado por eliminar hasta erradicar el sincretismo característico de la tradición conchera, eliminando los elementos ligados a la religión cristiana hasta recrear la totalidad del culto según la antigua cosmovisión prehispánica. Esta vía ha conducido a una progresiva transformación del culto conchero como tal y a su sustitución por un culto nativista puro, dentro del cual el término “danza mexicana” o “chicontequiza”, que suele traducirse como “salir de la oscuridad” o “salir del silencio”, en alusión a la creencia en la restauración de la cultura autóctona, sustituye al de danza conchera.

La aztequización de la danza y del culto conchero ha desembocado en una confrontación abierta que lleva a estos grupos a negarle cualquier valor a la tradición conchera clásica, acusándola de conciliar a toda costa lo inconciliabile: la visión cristiana del mundo occidental y la cosmovisión autóctona. Para estos grupos, la misión histórica de la tradición conchera, preservar los valores y el saber autóctono disfrazándolos de cristianismo, ha sido cumplida exitosamente, y por ello mismo la reivindicación del culto conchero tradicional como tal no tiene más razón de ser porque ha llegado el momento de restaurar la cultura nativa.

Por esta razón, entre estos grupos, el sustrato autóctono aparece abiertamente modificando sustancialmente el culto conchero. El culto y la danza pierden toda relación con la Iglesia y el catolicismo y se realizan principalmente en los templos prehispánicos o en las montañas, cuevas u otros sitios venerados en la antigüedad. En la peregrinación a los santuarios cristianos tradicionales se le rinde menos culto a la Virgen de Guadalupe que a Tonantzin, menos al Cristo de Chalma que a Tezcatlipoca, menos a la Virgen de los Remedios que a Mayahuel, la diosa del maguey. En vez de exclamar “¡Él es Dios!”, se dice “¡Ometeotl!” en alusión al principio dual creador del universo según la cosmovisión autóctona; en vez de entonar alabanzas a los santos se canta a Quetzalcoatl, Huitzilopochtli, Tezcatlipoca, y en muchas ocasiones se canta en náhuatl y no en español. El danzar no es visto como una “obligación”, término utilizado habitualmente para referirse al compromiso con el culto, sino como un orgullo, y la danza ritual es definida abiertamente como una danza guerrera de inspiración mexicana o azteca.

Asimismo, los practicantes de la danza mexicana abandonan definitivamente el tradicional instrumento de cuerdas o concha, sustituyéndola por instrumentos prehispánicos como el *huehuetl* y el *teponaxtli*<sup>2</sup>; el vestuario se inspira lo más fielmente posible en el vestuario de los danzantes aztecas según los códices o las fuentes históricas y se utilizan las pinturas faciales y corporales; se generaliza el uso del *ixcuamecatl*, una cinta roja atada a la cabeza cuyas dos extremidades que caen sobre la espalda representan el principio dual creador. Finalmente, aunque al igual que en la danza conchera se conserva en el centro del círculo de danza un paño apuntando hacia los cuatro rumbos sobre el cual se encuentran representados los cuatro elementos: el sahumerio, símbolo del fuego; el caracol, símbolo del agua; el humo de copal, símbolo del viento, y las mazorcas de maíz, símbolo de la tierra; antes de danzar se realiza el saludo a los cuatro rumbos, ya no en español sino en lengua náhuatl, haciendo referencia a los atributos y cualidades de cada rumbo.

Si bien en su origen el culto conchero está conformado en su mayoría por una población indígena, a lo largo de los tiempos ha perdido esta característica, integrando progresivamente en su seno a amplios sectores de la población mestiza, primero a los campesinos y a la población marginal de origen urbano, y más recientemente a las clases medias y altas. El sorprendente expansionismo de este culto ha sido explicado por va-

<sup>2</sup> El *huehuetl* y el *teponaxtli* son instrumentos de percusión de origen prehispánico. El primero es un instrumento de madera rectangular, hueco en su interior y colocado de forma vertical, cubierto en su parte superior por una piel animal. El *teponaxtli* es un instrumento de madera, hueco, alargado y con perforaciones, colocado de forma horizontal. Ambos son percutidos con baquetas de madera.

rios factores, todos válidos, que van desde su ideología autoctonista y su vocación viajera hasta su estructura segmentaria y su capacidad de incluir adeptos al infinito. Pero sin duda el éxito de la “tradicción” ha radicado sobre todo en su capacidad para promover la integración social entre las clases excluidas.

Gracias al activismo ritual, las organizaciones concheras han sabido reclutar a sus miembros y arraigarse entre la población a través de una eficaz estrategia de religiosidad militarizada, que otorga a sus participantes un estatus preciso, un cierto tipo de trato y un reconocimiento individual difícil de conseguir en el marco de la cultura hegemónica. Con su gran disciplina, estos grupos han producido una verdadera subcultura de clase que asegura una red de reciprocidades y un estilo de vida que celebra nacimientos, matrimonios y decesos y que obliga a sus miembros a ayudar a sus compañeros en caso de enfermedad, de dificultades económicas o de fallecimiento.

Precisado esto, hay que decir que el culto conchero ha desbordado desde hace algunos años el contexto socioeconómico que favoreció su implantación en las ciudades. En efecto, a partir de los años setenta la tradición conchera conoce una progresiva transformación que ha modificado su composición y su dinámica cultural, al incluir cada vez más a sectores de la población urbana de la clase media y alta, que se integran en las organizaciones existentes o crean otras nuevas. El secreto y la reserva en la que se mantenían muchas prácticas rituales, particularmente las velaciones, son cada vez menos estrictos, y la aceptación de gentes de tez blanca de clase media y alta e incluso de extranjeros es cada vez más común en el seno de los grupos concheros.

Sin duda, el desarrollo de esta simbiosis entre los depositarios de una tradición popular y antigua y ciertos sectores de la sociedad con una cultura intelectual moderna y una condición económica desahogada no es ajeno a las mutaciones culturales de México en las últimas décadas. En todo caso, lo cierto es que para poder sobrevivir a lo largo de los siglos, el culto conchero ha sido capaz de transformarse de tal manera que nos invita a ver en esta tradición una poderosa máquina sincrética, capaz de reciclar y procesar al infinito los más diversos elementos culturales.

## UN ESPIRITISMO POPULAR CON ELEMENTOS CRISTIANOS

El Espiritualismo Trinitario Mariano es el segundo culto religioso de origen mexicano al que nos referiremos en este trabajo. Se trata de un culto cuya doctrina se inspira en las enseñanzas de Roque Jacinto Rojas Esparza, seminarista mexicano que entre 1861 y 1869 tuvo una serie de revelaciones que lo condujeron a crear una Iglesia disidente del catolicismo.

Según estas revelaciones, que lo llevaron a identificarse con el profeta Elías, Dios lo designó como el profeta y mesías del tercer y último tiempo de la humanidad. Como consecuencia de ello, en 1866 fundó una iglesia cristiana mexicana llamada Iglesia Mexicana Patriarcal de Elías.

Nacido en la ciudad de México en 1812 e hijo de un judío español y una indígena otomí, Roque Rojas se consideraba el salvador anunciado por los pueblos de la tradición



judeo-cristiana y prehispánica, así como el mensajero del tercer y último testamento, que culminaba las enseñanzas del antiguo testamento de Moisés y del nuevo testamento de Jesús.

Rojas escribió un libro llamado precisamente *El último testamento*, considerado el libro sagrado por los fieles de su iglesia, testamento que, según él, correspondía al tercer tiempo de la revelación divina, el cual habría sido anunciado en distintos pasajes de la Biblia, como por ejemplo en el 28: 49 del Deuteronomio que dice: “Jehová traerá contra ti una nación de lejos, del extremo de la tierra, que vuela como águila, nación cuya lengua no entiendas”, y que los espiritualistas sostienen que alude a México y a sus mesías.

Rojas dividió su iglesia en siete ramas denominadas “sellos”, en alusión a las siete iglesias bíblicas que figuran en el *Apocalipsis de Juan*, al frente de las cuales nombró a siete de sus discípulos. A su muerte surgieron diferendos entre sus herederos, de entre los cuales destaca Damiana Oviedo, dirigente de una de las ramas de esta iglesia, la del sexto sello, quien profundizando en las enseñanzas de su maestro, sentaría las bases de una nueva Iglesia que retomaba las doctrinas de aquella fundada por Roque Rojas, y que daría origen a lo que hoy se conoce como la Iglesia del Espiritualismo Trinitario Mariano.

Amalgama de judeo-cristianismo, elementos de origen prehispánico (presentes sobre todo en las prácticas curativas que llevan a cabo los adeptos de esta iglesia) y espiritismo moderno, el Espiritualismo Trinitario Mariano está basado en el culto a Dios en sus diferentes advocaciones (Dios Padre o Gran Jehová, Dios Hijo o Padre Jesús, Dios Espíritu Santo), a la Virgen María, en la ley de Moisés, que corresponde a la primera era de la humanidad, en la doctrina del amor de Jesús, que corresponde a la segunda, y en las doctrinas y enseñanzas de Elías-Roque Rojas, que corresponden a la tercera, a todo lo cual se agregan las creencias en el espiritismo.

En efecto, junto a los seres divinos, los espiritualistas creen en la existencia de varios tipos de espíritus (protectores, dañinos, curativos) y en la comunicación con ellos, espíritus entre los cuales se encuentran los de personalidades del pasado mexicano (el gobernante azteca Cuauhtémoc, por ejemplo, ocupa un lugar destacado en el universo espiritualista).

La creencia en el perfeccionamiento del espíritu a través de la reencarnación, la supervivencia del espíritu después de la muerte y la capacidad de comunicación con estos espíritus a través de intermediarios con capacidades y facultades especiales, producto de un don otorgado por Dios, son aspectos destacados del espiritismo. Por ello mismo, un lugar especial tienen en este culto la mediumnidad, la videncia, la clarividencia, el trance, la posesión, el contacto con los muertos y hasta con inteligencias extraterrestres, cuestión que ha sido puesta de relieve por diversas investigaciones (Ortiz Echaniz 1990: 161-177, Lagarriga 1991: 53-76).

La similitud entre las creencias de este culto y la doctrina espiritista creada en 1858 por Allan Kardec son evidentes. El espiritismo moderno distingue tres clases de espíritus: los imperfectos, inclinados al mal porque en ellos la materia domina al espíritu; los espíritus buenos, en los que predomina lo espiritual sobre la materia; y los espíritus puros, que son perfectos porque han atravesado todo el ciclo posible de reencarnaciones. Los trinitarios marianos, por su parte, distinguen entre los espíritus de luz, de media luz y de oscuridad. Los primeros, los más importantes, son guías y consejeros, espíritus pro-

tectores que pueden curar, mientras que los espíritus de oscuridad son dañinos y pueden enfermar o provocar desgracias. Asimismo, al igual que en el espiritismo francés, para los espiritualistas trinitarios marianos no existe el infierno sino un proceso de desarrollo y purificación gradual de las faltas a través de múltiples reencarnaciones.

Entre las diversas actividades que se practican en este culto, y que se realizan en templos y en casas de oración, destacan dos: las cátedras y las consultas. Las primeras son ceremonias de comunicación espiritual con Dios en sus diferentes advocaciones, las cuales son acompañadas con salmos y alabanzas. Las segundas constituyen prácticas rituales de sanación a través de los espíritus, una actividad particularmente capital entre los fieles de esta iglesia y que son llevadas a cabo dos días a la semana, los martes y los viernes.

Destaca también un ritual de iniciación, llamado “la marca”, a través del cual los adeptos son elegidos para realizar actividades específicas (sanación, videncia, oración, cuidado del templo) a las que se comprometen en nombre de Jesús. En este sentido, existen un conjunto de grados jerárquicos entre quienes ejercen el culto, que se asignan según la función y el nivel de elevación espiritual de cada individuo.

El más elevado es el cargo de “Guía”, que dirige y coordina las ceremonias y los ritos del templo. Le sigue la “Nave”, quien asume la jefatura en ausencia del “Guía”. El “Pedro” auxilia al “Guía” en la solución de los problemas referentes al templo. El cuerpo de mediumnidad está compuesto por el conjunto de personas que poseen la capacidad de comunicarse con los espíritus de luz, y se subdivide en “Pedestales” (que transmiten los mensajes de la divinidad en sus diferentes advocaciones: Dios Padre, Moisés, Jesucristo, Elías y María), “Plumas de Oro” (que transcriben los mensajes transmitidos por los “Pedestales”), “Facultades” (que poseen dones espirituales como la sanación, la clarividencia u otros) y las “Columnas” o “Pilares” (guardianes del templo). Finalmente, el conjunto de los asistentes a las actividades del templo constituye el “Pueblo”.

Las mujeres tienen un papel muy importante en el espiritualismo, sea como guías de los fieles, como receptáculos de los seres espirituales, como videntes, sanadoras, rezanderas o como encargadas del cuidado del templo y del ceremonial.

Dada la importancia de las actividades curativas, a través de las cuales se recluta la mayor parte de los adeptos a esta Iglesia, podría considerarse a ésta como un culto terapéutico. La comunicación con los espíritus curativos, que llevan a cabo los médium o “facultades”, en su mayoría mujeres de extracción popular y bajos recursos, es la técnica más usual para la curación de los adeptos.

Junto a ella destaca el empleo de la herbolaria, de dietas, masajes, y el recurso a técnicas mágicas fundamentalmente psicoterapéuticas, como son la limpia con cuchillos, con ramas, con huevos, con fuego, la succión de la enfermedad, la aspersion de agua bendita, la oración, la utilización de veladoras y la elaboración de amuletos.

Las curaciones comprenden las enfermedades orgánicas, los trastornos mentales y emocionales, la carencia de trabajo, los conflictos interpersonales, la mala fortuna o falta de suerte, la protección contra envidias o la recuperación de objetos o bienes perdidos. Existe entre los espiritualistas una nosología específica de las enfermedades (parálisis, agotamiento, espanto y susto, aires, enfriamiento, diarrea, caída de ovarios, comezón), varias de las cuales son de carácter tradicional y sus orígenes se remontan al mundo prehispánico.

Actualmente, existen templos espiritualistas en la mayor parte de las ciudades del país pero también en el extranjero, sobre todo en Estados Unidos, y aunque no todos los lugares de culto comparten exactamente las mismas prácticas y creencias, pues se dan variaciones locales de las mismas, lo cierto es que el Espiritualismo Trinitario Mariano constituye un movimiento religioso popular de amplio arraigo entre vastos sectores de la población mexicana, la mayoría de ellos de escasos recursos.

## LA MUERTE COMO CULTO

El tercer culto al que haremos referencia en este trabajo, el culto a la Santa Muerte, es una devoción popular que en años recientes se ha desarrollado de una manera espectacular en la ciudad de México, en barrios céntricos, como Tepito, o suburbanos, como Ciudad Nezahualcoyotl, pero también en otras regiones del país e incluso, como en el caso del culto conchero o el Espiritualismo Trinitario Mariano, entre la población mexicana que habita en Estados Unidos.

Existen varias hipótesis sobre sus posibles orígenes. Algunos de sus adeptos sostienen que se remontan a los años sesenta, y afirman que nació en el Estado de Hidalgo. Otros consideran que proviene del Estado de Veracruz, y en particular de la región de Catemaco, en la que existe una larga tradición de prácticas asociadas a la magia y la brujería.

Lomnitz propone que los antecedentes de este culto podrían estar en la región de Chiapas y Guatemala, en donde San Pascual Bailón, un franciscano del siglo XVI que fue canonizado en 1690, es venerado entre los pueblos indios y representado con la imagen de la muerte. Según este autor, el culto de este santo, que sigue vivo hasta nuestros días, habría evolucionado y se habría difundido hasta transformarse en el culto actual de la Santa Muerte (2006: 461).

Lo cierto es que este culto, que carece de una iglesia o institución fija y se ha difundido de persona a persona a través de la creación espontánea de capillas y altares domésticos que sirven como lugares de oración y devoción, no adquiere resonancia pública sino hasta los primeros años del siglo XXI. En efecto, la primera capilla de la Santa Muerte se creó el 7 de septiembre del 2001, y está localizada en la colonia Morelos, un barrio céntrico de la ciudad de México.

En torno a la Santa Muerte se sincretizan creencias que remiten a distintos universos culturales: el indígena, el católico e incluso el afroamericano (Ambrosio 2003: 25). En opinión de muchos de sus fieles, quienes difunden este culto a través de una página de Internet, la veneración de la Santa Muerte se remonta al mundo prehispánico, en el que los dioses de la muerte, Mictlantecuhtli y Mictecacihuatl, señor y señora del *Mictlan* o tierra de los muertos, eran objeto de un culto que habría sobrevivido de manera disfrazada dentro de la religión católica impuesta por los conquistadores españoles. Según esto, en la celebración del Día de Muertos, vinculada a la liturgia dedicada a todos los santos y a los fieles difuntos, habrían pervivido las ofrendas a los dioses del *Mictlan* combinadas con las oraciones y los ritos pertenecientes a la religión cristiana.

Por otra parte, la imagen de la Santa Muerte no es ajena a la iconografía del mundo católico, que la representa con una guadaña en mano que simboliza la igualdad de los

hombres frente a la muerte. Se sabe incluso que algunas cofradías en el siglo XVIII habrían desarrollado un culto clandestino centrado en la Santa Muerte, que fue perseguido por la iglesia católica (Lomnitz 2006: 465).

Sin embargo, en contraste con las representaciones tradicionales de la muerte, más bien negativas y aterradoras, entre sus actuales adeptos la Santa Muerte no sólo tiene un carácter benéfico sino que incluso está asociada a la Virgen María, por lo que posee un aspecto positivo, redentor y purificador, que está simbolizado por su atuendo, un traje nupcial blanco.

Finalmente, en lo que concierne al universo afroamericano, y en particular a la santería, en donde es sabido que la imagen de la muerte ocupa un lugar muy importante, representado por la deidad de Oyá, señora de los panteones, el culto a la Santa Muerte habría conservado la práctica de ofrecerle tabaco a esta deidad, generalmente cigarrillos o puros, ya sea encendidos o apagados, a cambio de favores.

Integrantes de tribus juveniles como los *punks* o los *darks*, contrabandistas y comerciantes del mercado informal, taxistas, mujeres abandonadas o enfermos más o menos graves forman parte de las huestes de la Santa Muerte. Y siendo un culto que comenzó al margen del estado y la iglesia institucional, no es casual que los adeptos de la Santa Muerte pertenezcan en buena medida a sectores marginales y estigmatizados o que cotidianamente ponen en riesgo sus vidas como pueden ser drogadictos, niños de la calle, prostitutas, transexuales y travestis, bandas delictivas, presos, alcohólicos, policías y militares, pero también hombres con poder económico, político o criminal, como los narcotraficantes, quienes le solicitan a la Santa Muerte venganzas o muertes o protección contra ellas, peticiones que no podrían dirigirse a Jesús o a la Virgen.

A este respecto, en la región norte del país se ha constatado que este culto está asociado al de Jesús Malverde, el santo patrono de los narcotraficantes, y se sabe que en Michoacán, el famoso narcotraficante Amado Carrillo, alias el “Señor de los Cielos”, financió un santuario de la Santa Muerte, y que en Tamaulipas fue encontrado otro santuario en la mansión de Gilberto García Mena, jefe del Cartel del Golfo.

Asimismo, los altares de la Santa Muerte se han multiplicado en los reclusorios en los últimos años, pues los presidiarios se cuentan entre sus más devotos seguidores, quienes le solicitan su intercesión y auxilio para salir de la cárcel. Por todos estos motivos, el culto a la Santa Muerte ha sido objeto de una estigmatización y de un claro rechazo por parte de las iglesias establecidas, las cuales han combatido su difusión y han alentado a la ciudadanía a mantenerse alejada del mismo. La Iglesia católica en especial ha condenado desde su aparición este culto arguyendo que va en contra de la doctrina cristiana, que en el *Apocalipsis* condena a la muerte a ser destruida y afirma que en el juicio final Jesús vencerá a la muerte.

Sus adeptos, por el contrario, consideran que el culto a la Santa Muerte no es incompatible con ninguna religión, ni cristiana (católica o protestante) ni de otro signo, precisando además que se trata de una devoción completamente ajena al satanismo, ya que la Santa Muerte posee un poder divino que tiene un carácter benéfico.

En cualquier caso, y más allá de que sus simpatizantes afirmen que recibe sus dones de Dios, al cual está vinculado a la manera de un ángel o un santo, la Santa Muerte se encuentra en este culto en el lugar del soberano último, como el único poder que puede

proporcionar una respuesta efectiva a las necesidades de sus seguidores. Es por ello que la Santa Muerte recibe toda clase de peticiones por parte de sus fieles: riqueza, buena suerte, trabajo, amor, fortuna, salud, solución a conflictos sentimentales o emocionales o protección contra los enemigos y las desgracias.

Aunque la Santa Muerte puede ser representada como hombre o como mujer, su imagen femenina suele ser predominante. De hecho, es común referirse a la Santa con diferentes nombres que enfatizan su carácter femenino: señora de las sombras, señora blanca, señora negra, niña santa, la parca, la flaca, la comadre, la bonita.

Según la imagen con que se la represente, la Santa Muerte atenderá una u otra petición. La imagen de la Santa es acompañada de diversos objetos como la guadaña o la balanza (signos de su justicia y equidad, pues la muerte alcanza a todos), el mundo (signo de la extensión de su poder) el reloj de arena (signo de su inexorabilidad), la lámpara, la espada y el búho (signos respectivamente de su guía, su protección y su sabiduría).

Se le representa también vistiendo atuendos de diferentes colores y asociándola a diversos símbolos, según los favores que se le soliciten. Por ejemplo, vestida con la túnica blanca favorece la paz y la armonía, con la túnica azul la salud mental, con la túnica roja el amor, con la túnica verde el trabajo, con la túnica amarilla la prosperidad económica, con la túnica morada la buena suerte y con la túnica negra la protección contra los enemigos. Si aparece al lado de un colibrí está asociada al amor, si aparece junto a una planta de trigo está asociada a la alimentación, etc.

La relación del adepto con la Santa Muerte se basa a la vez en respeto y familiaridad. Sus fieles se tatúan su imagen en el cuerpo o portan una efigie de ella, impresa en escapolarios, medallas, pendientes, camisetas o tallada en madera o piedra. Aunque la fiesta más importante de la Santa Muerte es el 1 de noviembre, Día de Muertos en México, la solicitud de favores a la misma se puede realizar en cualquier época del año. Se le ofrendan flores, agua, dulces, cigarrillos o puros, miel, pan, juguetes, comida y frutas, fotografías, bebidas alcohólicas y veladoras pero también se le canta, se bebe con ella, se ve la televisión con ella, se la viste o se la pasea.

La popularidad del culto a la Santa Muerte es por lo demás evidente a nivel comercial, pues sus iconos se venden con gran éxito y en grandes cantidades en el mercado de Sonora, un mercado popular del centro de México que es célebre por especializarse en la venta de todos los productos utilizados en la curandería y la medicina tradicional. Al igual que en el culto conchero y en el Espiritualismo Trinitario Mariano, existe una jerarquía entre los miembros del culto de la Santa Muerte, que distingue entre los guías del rezo, los guardianes del Altar y los soldados. En tiempos recientes, este culto ha buscado institucionalizarse como iglesia, dotada de una liturgia y una doctrina específicas. En noviembre de 2007 se solicitó el registro ante la Secretaría de Gobernación de la primera iglesia dedicada al culto de la Santa Muerte, cuyo arzobispo, el Sr. David Romo Guillén, oficia en la Parroquia de la Misericordia, en la céntrica Colonia Morelos. Aunque el registro le fue denegado arguyendo cuestiones de tipo administrativo y técnico, en el fondo se trató de una decisión dirigida a impedir la consolidación de una iglesia considerada políticamente incorrecta. En efecto, esta iglesia, cuyo nombre es Iglesia Católica Apostólica Tradicional México-USA, tiene un carácter claramente disidente en relación a las iglesias cristianas (católicas y protestantes), ya que promueve acciones considera-

das contrarias a sus doctrinas, como el uso del condón, de la píldora anticonceptiva, la defensa del aborto y el acoger en su seno a homosexuales, transexuales y travestis.

Objeto reciente de obras literarias (Aridjis 2003), de películas y documentales, el culto a la Santa Muerte ha sido también tema de fuertes controversias entre sus seguidores y sus enemigos, quienes no han podido hacer nada para evitar la creciente expansión de esta religión popular, cuya fuerza no es ajena a la importancia que posee en el imaginario nacional la idea de que los mexicanos, a diferencia de otros pueblos, mantienen una relación privilegiada con la muerte, hecha de burla, familiaridad y respeto, y que esta relación es uno de los rasgos más característicos de la idiosincrasia mexicana.

## NACIONALISMO Y RELIGIOSIDAD POPULAR

Los tres cultos que han sido descritos en este artículo constituyen manifestaciones ejemplares de la religiosidad popular mexicana. En mi opinión, se trata de sistemas de creencias que pueden ser vistas como respuestas de las clases subalternas a los procesos de evangelización religiosa y de dominación ideológica que la Iglesia católica ha desarrollado desde la época colonial hasta nuestros días.

Los sectores populares mexicanos, a lo largo de su historia, han reaccionado al proyecto de asimilación a los cánones religiosos de origen europeo a través de diversos mecanismos de resistencia cultural, preservando muchas prácticas autónomas y de origen autóctono disfrazándolas bajo la forma de la ortodoxia oficial del catolicismo.

En este sentido, el carácter sincrético e híbrido de muchos de estos cultos populares es menos un aspecto pintoresco o el producto de un déficit simbólico que un signo de defensa de una cosmovisión propia, arraigada en la memoria histórica y en el combate contra la cultura hegemónica.

Varios rasgos comunes a estos tres cultos nos permiten situarlos en una perspectiva comparativa. En primer lugar, se trata de cultos que, en tres épocas históricas distintas, se establecen mayoritariamente en contextos urbanos, entre sectores populares e incluso marginales, y que poco a poco se han difundido entre otras capas de la población.

Es el caso del culto conchero, que si bien surge originalmente en ciudades del interior, su amplia difusión le permitió implantarse en la ciudad de México con gran éxito, al grado de hacer creer a muchos que se trata de un fenómeno nacido en la capital del país.

El Espiritualismo Trinitario Mariano, por su parte, es un culto que surge en un contexto histórico muy específico, el del fin del siglo XIX. En esa coyuntura, los efectos de las Leyes de Reforma y la libertad de cultos permitieron la difusión de muy diversas corrientes religiosas (desde el protestantismo hasta el espiritismo) y un clima de apertura y tolerancia religiosa que tuvieron en la ciudad de México un escenario privilegiado, al amparo del cual nació este nuevo culto. En lo tocante a la Santa Muerte, su culto es el producto más reciente de una religiosidad popular y con orígenes claramente marginales, cuya proyección y consolidación ha tenido en la capital del país su locus más importante.

Otro aspecto a destacar en estos cultos es el componente profético, apocalíptico, mesiánico y milenarista, que si bien es más evidente en el espiritualismo y en el culto conchero,

no está ausente en el culto de la Santa Muerte. La espera de una nueva era, el anuncio profético de la misma, el retorno a una edad de oro o la llegada de un mesías redentor son, en efecto, temas recurrentes en estos cultos, si bien con variaciones particulares.

Asimismo, el culto de la Santa Muerte comparte con el culto conchero y el Espiritualismo Trinitario Mariano un fuerte acento nativista y revitalista, que reivindica y actualiza prácticas y creencias autóctonas, combinadas con un espíritu nacionalista de resistencia y autonomía cultural.

Entre estas prácticas, destacan la danza ritual y el simbolismo cosmológico de inspiración prehispánica en el caso de los concheros, las prácticas terapéuticas de origen nativo, muchas de ellas herederas del chamanismo indígena mexicano, y la comunicación con los muertos, ya se trate de las ánimas de los antepasados como entre los concheros, los espíritus de los muertos entre los espiritualistas trinitarios, o directamente con la muerte en su condición de divinidad suprema, como entre los adeptos de la Santa Muerte.

Finalmente, y este es un rasgo característico de la mayor parte de los cultos populares, en estos tres cultos la liturgia es relativamente sencilla, comprensible y accesible, los rituales están ampliamente socializados, las prácticas curativas ocupan un lugar muy importante, y las mujeres desempeñan un papel destacado, que les brinda la oportunidad de un reconocimiento y prestigio del que carecen al margen de su pertenencia a la comunidad de creyentes.

Todos estos cultos, lejos de estar circunscritos al lugar que los vio nacer, han conocido un crecimiento y una difusión espectacular de sus sistemas de creencias, tanto a lo largo y ancho de México, como entre las poblaciones de origen mexicano que habitan en las principales ciudades de Norteamérica. Fenómeno que si en sí mismo es atribuible al carácter proselitista de estos cultos, en años recientes se ha visto potenciado tanto por las migraciones masivas de mexicanos a otros países como por los efectos globalizadores que poseen las nuevas tecnologías de la comunicación, y en particular Internet, a través de la cual los seguidores de estos cultos difunden con eficacia sus doctrinas y llevan a cabo el reclutamiento de nuevos adeptos.

Es en este contexto globalizado que adquiere sentido también un hecho cada vez más frecuente, el incremento de las relaciones transversales y de intercambio (de información) entre los más diversos cultos populares, y en particular los que aquí hemos reseñado. En efecto, es muy común que los adeptos de estos cultos puedan transitar de uno a otro o sentirse cercanos a todos ellos (e incluso a otros más) y que podamos constatar la existencia de no pocos concheros que son a la vez espiritualistas o adeptos de la Santa Muerte, quienes asumen sin mayor contradicción una forma de religiosidad cada vez más común en nuestros tiempos, que algunos autores han denominado religión “a la carta”, por su carácter abiertamente ecléctico y fuertemente individualizado (Hervieu-Leger 1993: 182).

## BIBLIOGRAFIA:

- AMBROSIO, Juan (2003) *La santa muerte. Biografía y culto*. México, Ed. Planeta.
- ARIDJIS, Homero (2003) *La santa muerte, sexteto del amor, las mujeres, los perros y la muerte*. México, Alfaguara.

- Biblia (2005) *La Biblia*. Madrid, Ed. Verbo Divino.
- FERNÁNDEZ, Justino (1941) *Danzas de los concheros de San Miguel Allende*. México, FCE.
- GONZÁLEZ, Anáhuac (1996) “Los concheros: la (re)conquista de México” En: Jesús Jáuregui (coord.) *Las Danzas de la conquista en el México contemporáneo*. México, FCE: 207-228.
- GONZÁLEZ TORRES, Xolotl (2007) *Danza tu palabra. La danza de los concheros*. México, Plaza y Valdés Editores.
- HERVIEU-LÉGER, Danièle (1993) *La religion pour memoire*. Paris, Cerf.
- LAGARRIGA, Isabel (1991) *Espiritualismo Trinitario Mariano. Nuevas perspectivas de análisis*. México, Universidad Veracruzana.
- LOMNITZ, Claudio (2006) *Idea de la muerte en México*. México, FCE.
- MANSFIELD, Portia (1953) *The Conchero Dancers of Mexico*. Tesis de doctorado, Michigan University Microfilms, Ann Arbor.
- MOEDANO, Gabriel (1972) “Los hermanos de la Santa Cuenta: un culto de crisis de origen chichimeca”. En: Jaime Litvak King y Noemí Castillo Tejero (eds.) *La religión de Mesoamérica. XII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*. México, Sociedad Mexicana de Antropología: 164-170.
- ORTIZ ECHANIZ, Silvia (1990) *Una religiosidad popular: el espiritualismo trinitario mariano*. México, INAH.
- ORVAÑANOS, Genoveva (1992) “La tradición de la danza de los concheros” En: Carlos Viramontes (coord.) *Historia y actualidad de los grupos indígenas de Querétaro*. México, INAH: 118-130.
- PEÑA de la, Francisco (2002) *Los Hijos del Sexto Sol. Un estudio etnopsicoanalítico del movimiento de la mexicanidad*. México, INAH.
- STONE, Martha (1975) *At the Sign of Midnight. The Concheros Dance Cult of Mexico*. Tucson, The University of Arizona Press.
- WARMAN, Arturo (1972) *La danza de moros y cristianos*. México, Secretaría de Educación Pública.